

ACTO DE CLAUSURA DEL SEMINARIO DE ASCUN ALVARO RUBIO SALAS*

Señoras y Señores:

No puedo encontrar clave válida que apacigüe mi perplejidad y explique el por que estoy aquí frente a ustedes llevando la palabra en este acto en que se nos unge como participantes en el Seminario General, Versión VI, del Simposio Permanente sobre la Universidad.

Conociendo los doctos conceptos de mis colegas de travesía y de oficio, la palabra galana de muchos otros, el ágil ingenio de las damas de nuestro grupo o la amena parla de otros tantos, habría estado más ajustado a la lógica que fuera alguno de entre ellos, el que estuviese afinando ahora su particular dialéctica para trasladarnos a los jardines de la Academia, enclaustrarnos en Bolonia o en Gottinga, convencernos de la bondad del pensamiento de San Alberto Magno o haciéndonos marchar a paso de ganso al ritmo del seminario alemán. Pero no fue así y creo que la respuesta solo la puedo encontrar en mi acendrada vocación por la enseñanza, esa vieja profesión natural de maestro que se confunde con la vocación vital del hombre. Pero más en el apego a unos valores incrustados en mi formación y a los cuales rindo culto por ser parte de la razón que hace gratificante transitar por la vida. Me refiero a la verdad, a la libertad y a la justicia que juntas componen lo que solemos llamar dignidad de la persona.

Y como complemento virtuoso de ellas: los sentimientos de gratitud, lealtad y amistad, nos interrelacionan en la sociedad humana de manera sublime y plena. Cuando la curiosidad aflora en uno, inconcientemente estamos echando a andar el interés por el saber y en un momento dado, sentimos la necesidad generosa de transmitir esos saberes a otros para que se incorporen a su viviente realidad personal.

Y la satisfacción a que aspira el maestro debe ser esa misma que experimenta el discípulo cuando pueda exclamar con el Quijote: «Yo se quien soy», poseyéndose conscientemente a sí mismo en la verdad. Pero el maestro debe enseñar también ignorancias. No saber es tarea bien fácil; saber que no se sabe, conocer el límite entre la propia ciencia y la propia nescencia, tal vez no sea tanto. Somos los maestros así, vectores y eslabones de amarre, mediante los cuales el hombre se nutre del saber acumulado y como los módem - conexiones cibernéticas modernas - hacemos posible que los discípulos abreen en las fuentes del conocimiento en esa larga prueba de relevos en que el hombre compite desde que es hombre y en la que la antorcha del conocimiento ha venido pasándose de era en era, de generación en generación y de cultura en cultura. Esta es la respuesta primera y con ella deseo también entregar a mis colegas de seminario, sentires de admiración y respeto por este noble oficio al que nos hemos dedicado con entusiasmo rayano en la pasión.

Parecería anacrónico hablar ahora en un mundo que los ignora, de principios y valores de los que ya antes les he mencionado y a los cuales me aferro. Pero es precisamente en las épocas de crisis cuando debemos dejar la resignación y afrontar con coraje nuestro destino. Es quizás la gratitud el sentimiento, virtud diría yo, que nace en nosotros como expresión retributiva y como compensación amorosa, íntima, para alguien que nos ha distinguido en sus afectos o en sus obras. Así expresada, la gratitud nos acerca más a los seres humanos que están en nuestro entorno y nos unimos más con estrechos lazos que refuerzan el instinto social que nos caracteriza. Virtud también, la lealtad se apoya en la verdad y en la valiosa amalgama con la sinceridad, la fidelidad y la honradez, constituyendo libérrima entrega de convicciones y creencias, volviéndonos parte consustancial de quien merece nuestra adhesión, admiración y afecto. Hablar de amistad presupone comunión de ideas, coincidencia en gustos, presencia permanente en el corazón y necesidad real de la persona en la cual hemos depositado este sentir intenso, que nos impele a darlo todo o dejarlo todo por quien en nuestro interior calificamos como el amigo.

* Consejero Fundador E.A.N.
Presidente del Consejo Superior E.A.N.

Hago profesión pública de esos nobles sentimientos, de afectos confesados, de admiración y respeto, por mis compañeros y compañeras de seminario, maestros todos ellos en una u otra forma, unidos en el común ideal del saber, quienes sacrificando mucho de sus vidas, atendieron al toque de rebato con que se nos convocó para acudir a la cita con el conocimiento y con el maestro de maestros.

Y la academia revivió en Melgar ...

Recorriendo el Atica, aspirando el aire marino colado por entre los cipreses y prolongando la mirada hacia el diáfano infinito, sigue uno sin comprender en su perpleja mente que hizo posible que la sabiduría naciera en la helade y no en otra parte del planeta.

En ese «que hacer desinteresado» que significa la reflexión profunda y que practicaban aquellos griegos inmortales, en «ocio inútil» al decir de sus conciudadanos, la sabiduría surgió y se fue acumulando en capital espiritual del cual hoy nos enorgullecemos como herederos de la cultura de Occidente. Escenario y taller de los trabajos de Platón, de los de sus maestros y discípulos, fueron entre otros, los jardines de Academo que por antonomasia originaron la Academia, como epicentro del saber.

Y es curioso que entre jardines, el espíritu florezca también y en deleitosos ejercicios asimile mejor el conocimiento y amplíe sus límites al tiempo que se solaza con la naturaleza. Por eso, entre el rumor de la brisa suave y la canción de los vientos rudos y todo lo que cante murmullos en los arboles y todo lo que es música del mundo adormecido, en esa llanura toda esperanza, enmarcada por el Nevado y por el Río Grande, floreció de nuevo la Academia. Nuestra Academia. No fue el resultado ocasional de un encuentro intelectual, ni el capricho pasajero de alejarnos del urbano stress. Fue la decisión de reencontrarnos con nuestros orígenes, con nuestros genes primigenios de donde traemos nuestra diferencia racional y en donde, al compás no tanto del cerebro como del corazón, cultivamos las flores del saber, de la gratitud, de la lealtad y de la amistad. Una frase en un discurso de Jimmy Carter, Ex-Presidente de los Estados Unidos, puede resumir lo que hicimos en la Universidad de Melgar:

«Aprendamos juntos y riamos juntos y trabajemos y oremos reunidos, confiados en que, al final, triunfaremos en la justicia».

Y parodiándolo, aprendimos juntos y reímos juntos, trabajamos y oramos reunidos, confiados en que al final la justicia triunfaría y triunfamos.

Una disgresión irreverente es necesaria aquí.

También cantamos y bebimos juntos. El espíritu del anís y el cuerpo de la cebada catalizaron también las ideas en borbollones tormentosos y en matinales depresiones. Y también jugamos, ganando las más de las veces y perdiendo pocas.

No fueron ni juegos olímpicos ni pruebas políticas y no tuvimos a Pindaro para que cantara nuestras libaciones o nuestras atléticas victorias. Pero si nos asistió en ello Jorge Rivadeneira con solícito cuidado y afanosa dirección y tuvimos odas y canciones de triunfo en las coplas de Danilo.

Gracias por siempre para ellos que nos animaron en las horas de recreo.

PADRE ALFONSO BORRERO:

La gratitud nos une a usted y profunda y entrañablemente se desliza por los recónditos caminos del alma.

Y es que su presencia nos acompaña por que su voz prendió en nuestro espíritu y a todas horas es testigo de nuestra realidad. Sin tregua, cual sabia rosa de los vientos, perennemente nos muestra la ruta del quehacer en los superior y para lo superior. Ha puesto tanto de su coraje, tanta impetuosa voluntad, tanta decisión de vencer en las empresas del espíritu que ha acometido, que es caudal de luz en la vertiente de nuestras inquietudes académicas.

Y no ha cesado en la lucha y vive en la perfecta plenitud de su vida fecunda.

Aún desde el silencio en donde circunstancias malhadadas lo pretendieron aislar, prolongó su mandato de ser mejores siempre en la carrera de la superación intelectual. Porque quiso que todos quienes acudimos a su cita con la sabiduría, escucháramos la voz de quienes en monumental sumatoria, nos legaron el bagaje inconmesurable de las Ideas. Todos sentimos el aguijón estimulante de su presencia y es el motivo mejor de nuestro orgullo, estar esta noche de nuevo a su lado.

En nombre de los que acogen sus ideas y sus empeños, hablo esta noche. Para decirle que hay en el alma de cada uno, una fogata insomne en donde arde una llama de fuego en que el Hombre sacrificó la vida para forjar el hierro de su propio destino. Porque a Alfonso Borrero lo admiramos como Maestro y lo queremos varonilmente como Hombre. Es el primero un título sin par en el hondo sentido que ello significa. Nada tan hermoso como ser el apóstol que se entrega sin límites, sin medida y sin número, para que otros participen del personal tesoro

ACTO DE CLAUSURA

de su sabiduría. Más para ser Maestro es preciso ante todo ser Hombre y tener el corazón inagotable de generosidad, haberse purificado por el amor a Dios, estar perennemente transitando por los caminos de la sabiduría y como Hombre haber catado sin reservas la esencia de la vida y del bien. Por eso le quiero repetir al Padre las palabras que la Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo, religiosa tunjana, escribiera a comienzos del Siglo XVIII y que en reciente ocasión recordáramos:

« No ves que las artes no las entiende sino es el que las practica y las aprende, no el que solo las oye relatar». Finalmente, pidiéndoles en su bondad, venia para hacerlo y como homenaje personal al Maestro de parte del jurista que aún alienta en mí, quiero hacer más las palabras conque el profesor de la Universidad Libre de Berlín, Alexander Demand, iniciase en el verano de 1989 una conferencia sobre Sócrates ante el Tribunal de Atenas: « En el segundo libro de la República (361 e) Platón define al justo cabal. Quien es realmente justo acepta también, en favor de la justicia, la máxima injusticia aparente y la condición de la mayor impotencia. Es azotado, torturado y crucificado.

Platón piensa aquí sin duda en Sócrates, aunque tuviera un fin más benigno. Sin embargo, nosotros pensamos en Jesús, paralelo que se ha venido trazando desde los padres de la Iglesia Justino y Orígenes. Goethe, de quien poseemos una encendida declaración en favor de Sócrates (comienzos de 1772 a Herder), escribía: «< Sócrates es para mí un excelente sabio, que en su vida y en su muerte puede compararse a Cristo>> (Poesía y verdad, II, p.6). Klopstock utilizó ese motivo en su Messiad (VII, pp. 399 ss). María va a ver a la mujer de Pilatos para implorar su intercesión, y Porcia le cuenta a la madre de Jesús una aparición en sueños: «< Sócrates - el hombre más noble que vivió nunca -... vi a Sócrates en el sueño>>. Sócrates le dice a Porcia, cuando Pilatos juzga a Jesús, que «< nunca ha gritado más la sangre inocente>>.»

Muchas gracias y buenas noches.

Santafé de Bogotá D.C.
Agosto 4 de 1995